

COLECCIÓN
A VIVA VOZ

¿QUÉ ES STONEWALL?

JAVIER GASPARRI
EMMANUEL THEUMER
LUISA LUCÍA PAZ

PRÓLOGO: SUSY SHOCK



VERA editorial cartonera

¿QUÉ ES STONEWALL?



¿QUÉ ES STONEWALL?

COLECCIÓN
A VIVA VOZ

JAVIER GASPARRI
EMMANUEL THEUMER
LUISA LUCÍA PAZ
PRÓLOGO: SUSY SHOCK



VERA editorial cartonera

STONEWALL NO FUE: ES

SUSY SHOCK

¿Qué es Stonewall? ¿El comienzo de una contundente disputa política de sujetxs antes invisibilizadxs y siempre perseguidxs? ¿Una épica inmediatamente burocratizada al interés de la heteronorma? ¿Un cotillón que nos muestra capaces y en forma, pero solo para ser parte del mercado? ¿Lo que aún resuena y sostiene el enigma del volcán aparentemente dormido? ¿Cuántas ganas nos queda de un Stonewall proletario, trava, torta, marica, sudaka, nuevo, a la vera de los resultados que nos siguen invisibilizando y persiguiendo?

Preguntas y más preguntas. Eso que no quiere ese mundillo diverso y supremo que nos hagamos, tan repleto de subsidios y privilegios. Preguntas que el mundo tampoco quiere oír resonar en sus parlantes con música estridente que tapan demasiado los furiosos reclamos de tantas Sylvias Riveras y tantas Marshas Johnson actuales. Ojalá que a esta ronda de pensamientos se sumen cada vez más y más voces para reactualizar a Stonewall, darle una mirada insatisfecha y local y, sobre todo, para sembrar la idea de que Stonewall aún no ha terminado.

LO QUE QUEDA DE STONEWALL

JAVIER GASPARRI

Caminar durante julio de 2019 por New York¹ lleva a cruzarse, o incluso tropezarse, con un programa de festejos que vuelve el acontecimiento un archivo urbano abierto, aunque también un espectáculo de consumo. Desde muestras y exhibiciones curadas con inteligencia, con sensibilidad y con miradas tan atentas como novedosas que a su vez instalan de entrada la paradoja de cualquier museificación, hasta el más oportunista *show business* del mercado *friendly*. Todo parece tener lugar en la ciudad que no solo no es cualquier ciudad sino que es el territorio en el que todo comenzó: el bar Stonewall, ubicado en el corazón del Greenwich Village (barrio de Manhattan cuya población LGTB no puede pasar desapercibida), que hace exactamente cincuenta años se convirtió en una trinchera de resistencia contra la frecuente violencia policial. El 28 de junio de 1969 fue la noche en que un grupo de travas, maricas, tortas, drags y otrxs proletarios sexuales, por cierto en su mayoría pobres, dijo «no». De todas maneras, para zafar de las valoraciones imperiales, las *razzias* policiales en lugares «de ambiente» eran frecuentes en cualquier ciudad que los tuviera: las locas porteñas o rosarinas que yiraban por esa época también las cuentan

¹ Escrito en ocasión de los cincuenta años de Stonewall, de allí las marcas temporales.

Publicado en ese momento en *Rea Revista*, Rosario, julio de 2019.

en sus prontuarios (en algunos casos, dramáticamente literales). Sin entrar en especulaciones en torno a las virtualidades acerca de por qué el acontecimiento fundante tuvo lugar allí y no en otra parte, lo cierto es que tal vez esa perspectiva comparada advierta sobre el modo en que los sujetos, los cuerpos y las identidades patologizadas e ilegales por razones sexogenéricas, desde el siglo XIX, fueron marcados y subalternizados como sujetos transnacionales, y entonces ese aire de sincronicidad pueda entenderse a partir de esas razones, así como también los paralelismos en las formas de resistencia y en las formas de construcción de alianzas situadas en esa lucha. Lógicamente, el camino de la disidencia sexual no comienza en Stonewall, aunque el lugar histórico que ocupa en la construcción de su sentido político —si pensamos en el movimiento Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transgénero (LGTB), que no necesariamente coincide— es decisivo. Como acontecimiento fundante, decíamos, como cifra o acaso como mito de origen; como sea, si no «todo» comenzó ahí exactamente, porque los hilos deseantes y agenciantes que posibilitan la cristalización de ciertas emergencias son múltiples, igual los efectos específicos que derramó como un eco o una onda expansiva ya serían imparables, sin retorno. ¿Sin retorno?

¿QUÉ HAY DE NUEVO, VIEJO?

La emergencia de las nuevas derechas (neoconservadoras, neoliberales y/o neofascistas) a escala planetaria —aunque específico es el azote que nos propinan en América Latina, pobreza y extractivismo mediante— parecen alertarnos acerca de la fragilidad de las conquistas logradas, y entonces se vuelve necesaria una especial intensificación y una aguda reafirmación de nuestras luchas trans-feministas y *queer*. Las precariedades y vulnerabilidades a las que nos expone esta coyuntura de derecha mundial requieren que nuestras vidas, cuerpos, subjetividades y deseos empeñen, una y otra vez, la fuerza de los movimientos sin respiro. Es por eso que la experimentación y puesta a prueba de la imaginación política ligadas a causas

sexogénicas organizan un mapa de acciones tan exigentes como urgentes, y entonces las recuperaciones históricas se activan singularmente. En este momento, al menos en Argentina, está claro que las pibas feministas son quienes están a la vanguardia, *aggiornando* un feminismo (claramente, el mayor laboratorio antifascista de estos tiempos) que parecía un tanto adormecido. En este punto, su perfil cisheterosexual comenzó a saldar las deudas con lesbianas y trans y las maricas nos sentimos especialmente acogidas allí. Cabrá ver, por su parte, cómo se rearticula en este momento la agenda pos-derechos del movimiento LGTBI y cómo responde a ciertas demandas, así como también las posibles alianzas con los feminismos, a través de una lucha conjunta que a muchxs nos parece obvia, pero que en general no se ha entendido así, pues alcanza con echar una mirada para que quede expuesta una historia de más desencuentros que encuentros —y que también podría comenzar en Stonewall—. En cualquier caso, siempre se tratará de acciones situadas, estratégicas, localizadas, relacionales (ni ontologizadas en términos identitarios, ni *naif* en términos políticos, ni universalizables en términos ideológicos, ni sustantivadas en términos temporales). Algo de esto creímos, hace unos años, que comenzaba a suturar con los movimientos transfeministas *queer*, aunque hoy parezca un poco eclipsado. Como sea, tanto los puntos de contacto como las dispersiones muestran —más acá de los efectos políticos— algo bien potente e interesante: la necesaria no homogeneidad de los movimientos, la especificidad de sus perfiles interiores, lo cual se traduce en agendas concretas de visibilidad y también en internas acaloradas. La aspiración y los intereses compartidos, de todos modos, nos conducen en este momento a pensar un mundo-en-común: la violencia patriarcal y la homolesbotransfobia bailan juntas la misma canción tomadas de la mano. Es por eso que se nos impone, ante todo, la acción por la resistencia (cuando no algo más básico: por la sobrevivencia) y, además, se suma la actual coyuntura de derecha. El enfrentamiento, por ende, es doble: el cisheteropatriarcado como régimen político que estructura lo social históricamente y la emergencia de Estados de derecha

(avalados por buena parte de la sociedad) que no solo no incluyen sino que además refuerzan la precariedad de las vidas abandonadas y agitan la retirada de conquistas (o la soberanía de sí) mediante la puesta en marcha de su tanatopolítica con su doble faz moral (conservadurismo cultural) y económica (neoliberalismo financiero). Una lucha contra un frente transhistórico, podría decirse, y uno coyuntural, que se retroalimentan. La pregunta por alguna forma de comunidad siempre es compleja pero vale activarla, una y otra vez.

PROMESAS SOBRE EL BIDE

La apertura que significó Stonewall como acontecimiento fundacional habilitó una contraefectuación ligada a la desobediencia y a la insumisión ante las redadas y la extorsión. El hecho de que a esa primera noche le siguieran otras, y otros días más sosteniendo la lucha, y el modo en que permitió organizar y habilitar movimientos (en Estados Unidos, por ejemplo, el Gay Liberation Front), muestra que sus proyecciones fueron bien localizadas en lo inmediato, y también más allá. El concepto de «orgullo» parte de allí. Y por cierto sus efectos, además, a través de las lógicas que se habilitaron (esquemáticamente: disidencia y asimilacionismo, aunque siempre será preciso cuidar con cautela su polarización), están presentes hasta en los modos de presentar el programa de festejos (¡hasta la señal MTV tuvo su semana de homenaje!).

Michel Foucault, que fue quien nos enseñó a seguir las pistas de la genealogía sexopolítica, no se llevó del todo bien, sin embargo, con los movimientos liberacionistas; como dice Paul B. Preciado, no pudo escuchar el grito de los movimientos sexuales vivos. Algo de esa imposibilidad de escucha —traducida aquí como reserva— nos permite, no obstante, recuperar hoy los sueños liberacionistas aunque con cierta astucia o atención puesta en su ilimitada confianza o su creencia de totalidad: no es que las promesas de liberación no se hayan cumplido, es que la estructura misma de la liberación supone la romantización de un punto de llegada que nunca llega, cuando

en rigor —hoy lo sabemos, y lo reconocemos tras vivenciarlo— los fantasmas del verdugo y sus mutantes materializaciones específicas están siempre acechando para retornar.

La politización de la sexualidad (y los intentos de sexualización de los movimientos políticos revolucionarios, así como la sexualización de las lecturas políticas) fue el salto cualitativo dado entre los años 60 y 70, es decir, justo cuando tuvieron lugar los hechos de Stonewall que rememoramos aquí. Politizar la sexualidad, en este contexto, significa arrancarla de los discursos naturalistas (el paradigma es el médico y su consecuencia la despatologización) para entenderla en el plano de la regulación y la disputa política e integrarla allí. El camino del liberacionismo que se abre a partir de aquí desde luego que no es homogéneo, pues va desde vertientes más radicalizadas hasta variantes más reformistas, organizando un arco dinámico con distintas inflexiones, matices y gradaciones. Estos estilos, sin embargo, diseñan un mapa que, como ya señalamos, puede resumirse entre disidencia y asimilacionismo o, como decía Néstor Perlongher, una militancia Cicciolina y una Cary Grant. Ante la inquietud acerca de que haya, por caso, putos de derecha («¿se puede ser puto y de derecha?», preguntan con sensata incredulidad quienes ven allí un oxímoron), se puede responder con una simple consigna: «lo puto no quita lo facho». De modo que lo más inquietante, en todo caso, es que haya putos que habiéndose alistado con identificaciones no normativas terminen girando hacia la derecha. O que ciertas posturas «flexibles», dentro del arco político liberacionista, terminen desplazadas a la transa neoliberal, no pocas veces en nombre del «pluralismo». Aquí el mapa se termina de complejizar y complicar del todo en la medida en que queda arruinado o disuelto cualquier intento maniqueísta o taxativo o binario de entender los posicionamientos (ellxs y nosotrxs, enemigxs y compañerxs, verdugxs y víctimxs, etc.) o postularlos como algo fijo e inmóvil. Muestra con sutileza que los arranques fascistas pueden aparecer en cualquier lado, incluso entre lxs propixs, y descoloca cualquier épica de héroes (purxs y mártires) y villanxs. Los pies están siempre en el barro.

Con todo, un mapa liberacionista (de acción política y producción teórica) podría trazarse rápidamente para dar cuenta de ese aire de sincronicidad o esa onda expansiva entre Estados Unidos (las mecas son Nueva York y San Francisco, y la estrella el ya mencionado Gay Liberation Front), Francia (es decir, París, y el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria que involucraba a Guy Hocquenghem, René Schérer y hasta a Copi), Mario Mieli en Italia, las maricas madrileñas y catalanas al borde de la transición (Alberto Cardín, por ejemplo). Por casa, los movimientos acompañan primero el clamor revolucionario, y allí está el Frente de Liberación Homosexual a comienzos de los 70, y luego el pasaje democrático en los 80 ve la emergencia de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) así como el Grupo de Acción Gay. En Brasil, también algunos grupos clave en Río de Janeiro, San Pablo y Salvador de Bahía hacen su aparición por esta época, con lo cual no se puede pensar estos movimientos, en el Cono Sur, desprendidos de las cancelaciones impuestas por las dictaduras. Este recorrido encuentra su punto de crisis hacia los años 80 con la pandemia del VIH/SIDA y a partir de allí todo necesariamente habrá de reconfigurarse.

En el marco de esta apretada síntesis, la figura de Néstor Perlongher, a quien siempre tendremos a mano, resulta paradigmática. En su pensamiento político y poético se perciben nítidas las tensiones que ya deparaba el liberacionismo y que hoy aún discutimos en la medida en que vemos sus efectos. Desde el llamado en los 70 a «liberar la homosexualidad» (antes que «a los homosexuales»), es decir, habilitar un devenir deseante y un frenesí colectivo antes que una reivindicación identitaria, pasando por el convite a arengar «por una política sexual», y hasta llegar a su énfasis intensificado (y mayormente desarrollado) en los 80, todo su trayecto se monta sobre la crítica a las formas del asimilacionismo que encuentran su concreción en la aparición de la «personología» gay como el modelo de conducta que unifica el deseo y la experiencia homosexual (un modelo norteamericano blanco con marcas de género —masculino— y de clase —adinerado—) y en la correlativa

conformación de un «territorio homosexual» (cuya expresión literal será el «ghetto gay» como espacio en las ciudades) que crea una «normalidad paralela» —adecuada y tranquilizadora— en lugar de que la sexualidad salte «ahí donde está». De este modo, Perlongher ve no solamente la absorción neoliberal del liberacionismo (la emergente cultura gay hegemónica asentada sobre la cristalización identitaria, cuyos efectos *friendly* como programa de mercado no se harían esperar) sino que también discute con aspectos del reformismo que, según entiende, coadyuban con los mecanismos de asimilación al aplacar lo indigerible (en este sentido, sus debates y polémicas con la CHA son elocuentes). Frente a esto, potencia los «territorios marginales» como aquellos que pueden provocar micropolíticas subversivas al estar poblados por «lxs excludxs de la fiesta»: locas, travestis, gronchos pobres, abiertxs a un devenir deseante y desestabilizando, por tanto, cualquier fijación identitaria.

Y para expandir el cuadro de maricas ilustres latinoamericanas (retroactivamente *queer*): si Manuel Puig, mediante la transculturación del brillo hollywoodense devorado por la loca tercermundista, puso en escena de manera excepcional la cópula entre sexualidad y política en *El beso de la mujer araña* (1976), Pedro Lemebel, por su parte, se enfada con las maricas gringas que andan por Manhattan tomadas de la mano, paseando a su perrito caniche o mascando chicle en rollers, como una postal de la felicidad neoliberal e imperial, indiferentes: ¡pero qué te van a dar bola con esta cara de india, fea y pobre!, dice.

En resumen: Stonewall abrió un camino en el liberacionismo sexual que llega hasta hoy, y que en ese llegar hasta hoy a través de cincuenta años, tiene diferentes modulaciones y localizaciones (esto es, zonas y lugares de inflexión), aunque las sincronicidades espaciales son también muy destacables. Sobre eso, se podría pensar que fueron trazadas distintas derivas: el liberacionismo revolucionario, las variantes reformistas y también las apropiaciones liberales y de mercado. Con estas últimas, entendidas como modos del asimilacionismo, ya discutía Perlongher hace más de treinta años. En el marco

del capitalismo mundial integrado, los efectos de la cultura gay —desprendida del liberacionismo— como identidad a escala planetaria (que, no hay que olvidarlo, al tiempo que negoció sus diferencias también conquistó derechos democráticos) parecen no ser menores.

He aquí un recorrido posible que, si seguimos intrigadxs por los derrapes a la derecha, puede dispensar algunas pistas. Esto es, más acá de la complejidad del panorama actual y de las obviedades, así como también de las casuísticas para explorar razones ideológicas específicas que permitan comprender cada caso, se trata de la pregunta más general acerca de por qué personas identificadas como LGTBI se posicionan en la derecha o hacen virajes a la derecha, y en una cantidad alarmante, que ocupan lugares políticos relevantes o de funcionarios estratégicos, o se desempeñan como ideólogos, así como la cantidad que apoyan a Trump en Estados Unidos o, por aquí, a Bolsonaro en Brasil o a Macri en Argentina. Claramente, no hay una respuesta unívoca ni unidireccional (como en cualquier fenómeno, la articulación es múltiple) y la pregunta conjuga una alta exigencia: qué está pasando en la tensión actual entre la herencia de las luchas de los movimientos LGTB y su cooptación por la derecha neoliberal. Se sabe que esas luchas no pueden limitarse solamente a la conquista de derechos en las democracias (más o menos liberales, más o menos inclusivas) sino que además aspiran a una transformación social y política. Entonces, una hipótesis explicativa: los efectos de las cristalizaciones identitarias privilegiadas en el marco del liberalismo a lo largo de estas décadas parecen mostrarse aquí, esto es, cuando ser gay o lesbiana no es un problema en sí mismo —en términos sexuales— si se trata de alguien ricx y/o blancx y/o con el pasaporte correcto, es decir, si a esa identidad sexual no se la superpone con otras formas de subalternización (incluyendo las de género, desde ya) o si no se cuestionan los mecanismos de dominación (y no solo sexuales). El discurso liberal de la tolerancia hace, en gran parte, el resto. Y los discursos de odio, el punto extremo que nos reclama la mayor urgencia.

Que el día del aniversario cincuenta de Stonewall comience en Argentina con la noticia de la condena de Mariana Gómez a un año

de prisión en suspenso por besar a su esposa, parece no una ironía sino directamente una provocación que nos abofetea con la vigente realidad conservadora sostenida por una derecha exasperada y sedienta de castigo disciplinario. Por eso, tenemos que recordar la conocida formulación de Walter Benjamin como un mantra: «Articular históricamente el pasado no significa conocerlo como verdaderamente ha sido, sino apoderarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro». Y si además, como nos alerta Paul B. Preciado, el museo como laboratorio se está apagando a la luz de la rentabilidad privada, entonces el desafío, ante la proliferación espectacular y consumista de Stonewall, es cuidar esa historia viva, antes que congelarla como una epopeya que se contempla en el museo neoliberal *friendly*.

TRANS-STONEWALL, LA LUCHA QUE NO FUE

LUISA LUCÍA PAZ

Gracias por los testimonios a Lorena Borjas, a las hermanas trans latinas migrantes en New York. A María Belén Correa para el Archivo de la Memoria Trans y Gabriela Arévalo para la Red Nacional ATTTA. A Victoria Cruz, en el monumento Nacional de Stonewall.

Este texto no es solo mío. Pude escribirlo gracias al aporte, las miradas y los recuerdos de compañeras trans que vivieron la revuelta que tuvo lugar hace más de cincuenta años. También gracias al atesoramiento de las voces que otras supieron guardar y que compartieron conmigo: testimonios de quienes pusieron el cuerpo aunque en muchas ocasiones no fueron tenidas en cuenta en las recuperaciones históricas. Lo que comparto aquí, como digo, no es un texto solamente mío. Es la historia de Stonewall contada y escrita solo por ellas: las trans.

¿CONOCÉS A DOROTHY?

A mediados del año 1933 se terminó la Ley Seca durante el mandato del presidente Roosevelt, lo que significó un avance importantísimo,

sobre todo para Nueva York. Tres décadas después, las mafias alcoholeras seguían teniendo el dominio y control de la venta y la distribución en todos y cada uno de los bares que, por aquel entonces, funcionaban en barrios pobres, con comunidades vulnerables a las que denominaban «suburbios».

Uno de estos bares era particularmente frecuentado por homosexuales: Stonewall. Fue el único lugar que logró mantenerse y permanecer abierto durante un tiempo prolongado. Era muy difícil de sostener porque había que negociar entre las mafias y la policía permanentemente para poder mantener un lugar de diversión, encuentro, levante, amor y muchas cosas más. Estaba claro que quienes asistían a Stonewall eran hombres gays, travestis, taxiboy y *butch* (lesbianas masculinas: esas eran las denominaciones en aquel tiempo). Como me cuentan mis compañeras, la mayoría no tenía trabajo, ni vivienda, e incluso dormía en plazas. Además, no podían reunirse en cualquier bar porque estaba prohibido: había una penalización policial específica para aquellas personas homosexuales que se mostraran como tales, sobre todo para travestis y *butch*.

El hostigamiento era muy extremo, tanto que los agentes policiales se presentaban disfrazados de *taxiboy*. Por ello, quienes frecuentaban el bar inventaron un código para identificarse: cuando se conocían, se preguntaban «¿Conoces a Dorothy?». Este inicio de conversación permitía una identificación en el seno de la propia comunidad y garantizaba salvarse de la *razzia* policial. La pregunta equivalía a decir entre líneas «¿Sos homosexual?» pues hacía referencia a Dorothy, el personaje que tenía Judy Garland en la película «El Mago de Oz». En aquellos años, Judy Garland era considerada el ícono máximo de la comunidad LGBT. Esa era la forma de entablar una conversación entre gays, sin temor a ser detenidos.

En cambio, las pocas travestis que tenían la valentía de concurrir a ese bar no usaban ese código porque no lo necesitaban, o mejor dicho, no les servía. El cuerpo travesti lo lleva todo, lo deja al

descubierto todo. Sus rostros y vestimentas no ocultan nada. Con las travestis, la aproximación solo podía darse como una búsqueda de trabajo sexual o como una pesquisa para compartir drogas.

LA MAFIA, UN BIEN DE FAMILIA

Cuando supe que Stonewall era el único bar que frecuentaban homosexuales y que soportaba tantas presiones, no solamente de la policía, sino también de los mafiosos más peligrosos, intenté reconstruir quién regenteaba ese bar. La respuesta no se hizo esperar y fue contundente: «Ellos mismos, los mafiosos». Así me han contado mis compañeras, que los capos de la mafia (como se los denominaba en ese entonces) dejaban la responsabilidad de administrar el bar en los suburbios de la ciudad a sus propios familiares. Pero no a cualquiera de ellos, sino a quienes querían incurrir en los grandes negocios pero eran inexpertos. Estos principiantes eran *a priori* considerados «estúpidos» (ese era el término que se usaba entre las familias mafiosas), porque no era bien visto regentar un bar para homosexuales pues la función era desempeñada por aquellos hombres que no sabían disparar, que temían usar armas, o que no sabían negociar. Manejar un lugar como Stonewall era una especie de prueba para expresar poder y perpetuarse: debían demostrar habilidad para sortear las presiones de sus asiduos concurrentes y de la policía.

Tony era el «estúpido» mafioso principiante y sin experiencia que regenteaba Stonewall. Lo que me han dicho de él es que se aprovechaba de los clientes que frecuentaban a diario el bar, y que eran, en su mayoría, homosexuales de escasos recursos, trabajadores y trabajadoras sexuales. Para la mafia, tener un bar para homosexuales era importante no solamente por la experiencia del regenteo, sino en términos económicos, pues en este lugar se entregaba el peor alcohol, aquel que no lograban vender a otros bares, en otras ciudades, por su baja calidad. Algo similar ocurría con el papel higiénico, que escaseaba por ese entonces: en Stonewall valía hasta tres veces más porque no había otra forma de conseguirlo.

LA OTREDAD DENTRO DE LA OTREDAD

Marsha P. Johnson se fue de su casa muy joven, porque justamente quería ser travesti. Era una trans afrodescendiente, trabajadora sexual y vivía —como sus compañeras— en la calle. En aquel tiempo, el barrio Greenwich Village —donde estaba el bar Stonewall—, era el lugar perfecto para una trans porque quienes ejercían el trabajo sexual lo hacían a dos cuadras del lugar donde vivían. Eran casitas muy precarias hechas con cartón, plásticos o lo que encontrarán para mitigar el frío. Eran casitas en las que también habitaba el riesgo permanente de que la policía llegara para llevarlas detenidas. Eran casitas precarias en el muelle, a unas pocas cuadras del bar.

Marsha P. Johnson era una travesti que siempre supo defenderse como pudo, cansada de las *razzias* que le destruían todo. Cuando comenzó la revolución de Stonewall, logró quedarse por un tiempo en la casa de un amigo, algo que muy pocas podían hacer. Ella era una trans que vivía como realmente lo sentía, con todo lo que eso implicaba: pintarse, ponerse flores en el pelo, vestirse libremente. Era valiente. Por esos años, poder expresarse significaba enfrentarse al mundo entero, pero a Marsha se la respetaba por eso: por su desparpajo, por su coraje.

Ser reconocida le sirvió para ingresar a Stonewall. Allí logró apoderarse de un espacio pequeño en el fondo del bar, donde también había una rocola. Ese espacio reducido era un mundo posible para las travestis que seguían a Marsha. Allí, en el fondo del bar, esas poquísimas trans podían bailar y cantar poniéndole monedas a la rocola y divertirse borrachas con alcohol de muy mala calidad y con el precio más caro. Esa era su diversión... esa era su libertad.

LA REVUELTA MENOS PENSADA

Era un 28 de junio de 1969, en EE. UU. —y particularmente en Nueva York— los homosexuales estaban de duelo porque hacía una semana que había fallecido el ícono máximo para la comunidad gay:

Judy Garland. Las travestis también le querían rendir su homenaje, por eso, esa noche se reunieron para dedicársela a ella. Mientras en la rocola sonaba «Over the Rainbow», un grupo reducido de cinco trans —entre las que se encontraban Marsha y Silvia Rivera— cantaba y bailaba en homenaje a Judy. De pronto, la canción se interrumpió y las luces se encendieron: las amigas sospecharon la habitual redada.

Los policías irrumpieron por segunda vez en esa semana. Otra vez las humillaron, otra vez se burlaron de ellas, otra vez las detuvieron. Mis compañeras relatan que lo primero que hacía la policía en las redadas era entrar en los bares, prender la luz y apagar la rocola. Luego, a las travestis las separaban y las hacían desnudar contra la pared. Las hacían también lavarse la cara o sacarse el maquillaje con su misma ropa.

Pero esa noche fue distinta. Cuando un policía quiso apagar la rocola mientras sonaba Judy Garland, una travesti borracha gritó «*Don't touch Judy*» (No toques a Judy). Ese grito inaugural dio paso a un forcejeo entre el policía y ella, que luchó para que la música no dejara de sonar. De la negativa de apagar la rocola se pasó a empujones, de empujones a botellazos, de botellazos a pedradas. La disputa fue protagonizada por cinco travestis y seis policías. Ellas peleaban... resistían. Ellos eran pocos porque nunca antes había habido resistencia. Fue tanta la tenacidad de las amigas, que empujaron a los policías hasta sacarlos fuera del bar. Justamente allí había ya otros concurrentes que se sumaron a lo que se convirtió en una pelea campal. La policía no pudo cortar la canción, no se lo permitieron. Cuando Sylvia Rivera rememora la escena, dice: «Yo solo fui la segunda en tirar una piedra, la primera fue Marsha».

Como era de esperarse la policía pidió refuerzos. Necesitaba acabar con esa zona donde se reunían homosexuales, indigentes, latinos, pobres, negros, los marginales, gente que no tenía nada que perder. Pero no contaban con que, del otro lado, se unieran todos y todas. Hicieron una barricada para proteger su lugar en el mundo, una trinchera con fuego de por medio.

Esas valientes hermanas estuvieron siempre al frente. Ellas, esas cinco travestis borrachas, bailaban el pasito del can-can mientras arrojaban las monedas de la rocola a la policía. Sin nada que perder, gritaban: «¿Quieren plata? Ahí tienen...». En ese gesto simbolizaban saber la verdad: que toda esa persecución la hacían por dinero, para cuidar a la mafia. No todo terminó allí: se prendieron fuego autos, se cortaron calles y continuaron resistiendo por tres días consecutivos. Como resultado de esa revuelta hubo muertos, varios heridos y muchos arrestos. Nunca se encontró el reporte policial de tal situación. En los informes solo figuran los nombres de los policías que fueron agredidos, golpeados. Del resto, no hay información.

NACE STAR

Dos días después se juntaron en la plaza Washington Square, a cuatro cuadras del bar Stonewall. Era de día. Aparecieron agrupaciones con supuestos líderes gays, que antes de la revuelta negociaban con la mafia. Pero a pesar de eso, esa acción de ir a la plaza a pleno sol les permitió hacerse visibles a todes, particularmente a hombres gays. Ahora surgía una nueva oportunidad para mostrarse ante los medios de comunicación y ante la sociedad. Una oportunidad para denunciar una realidad a quienes miraban desde la vereda de enfrente, pero que se creían con derecho a hablar en nombre de las travestis y describir las situaciones que vivían.

Esta visibilidad ante la sociedad y los medios también hizo eco en el interior de la propia comunidad LGBT, a partir del comienzo de discusiones acerca de cuáles eran las prioridades para exigirle al gobierno. Empezó a ser muy notorio que la problemática específica de las hermanas travestis, no era la misma que la de los gays o de las lesbianas.

Ahí, en Nueva York y en 1969, se formó el Movimiento de Liberación LGBT. A partir esa fecha, se realizaron las caminatas (marchas) del 28 de junio cada año. En 1970, Marsha, Sylvia y otras hermanas, formaron la agrupación Street Transvestite Action Revolutionaries (STAR) que significa «Acción Revolucionaria de Travestis de la

Calle». Pretendía atender los reclamos y las necesidades de la comunidad trans. La presidenta fue Sylvia; la vice, Marsha. La ocupación principal, como su nombre lo dice, estuvo enfocada en dar a sus hermanas travestis de la calle, un lugar para dormir y sentirse en familia. Entre el 70 y el 73, lograron dar alojamiento a muchas de ellas en el edificio donde funcionaba esta organización. Era preciso hacerles saber y sentir que no estaban solas.

Según cuentan las compañeras, en el año 1973, las diferencias entre STAR y el Movimiento de Liberación LGBT ya eran muy notorias. Los últimos hicieron el *lobby* necesario y lograron que la Asociación Panamericana de Psiquiatría quitase de la grilla de enfermedades mentales a la homosexualidad, pero... no hicieron nada con respecto a la transexualidad. Ese mismo año, la marcha comenzó a conocerse con el nombre de *Pride*, que significa «Orgullo». La Comisión Organizadora decidió estratégicamente poner al frente a Marsha y a Sylvia... las travestis. Las razones que fundamentaron esa elección eran dos. Por un lado, porque las consideraba fuerza de choque: les había llegado un rumor de que sectores ultraconservadores iban a irrumpir en la marcha por las dimensiones que habían tomado sus logros. Por otro lado, para calmarlas: necesitaban serenar tanto a Marsha como a Silvia, que estaban molestas porque no se había hecho nada por la lucha de ellas. Las travestis seguían en la misma situación que antes de la revuelta, nadie respaldaba sus reclamos, no eran profesionales, eran marginales, no tenían trabajo. Como se ha dicho antes: no tenían nada que perder, pues estaban en la marginalidad.

A pesar de las grandes diferencias entre STAR y el Comité Organizador de la marcha, el evento se desarrolló de manera normal. Ese año incorporaron escenario con sonido en la plaza, lo que les daba la posibilidad de expresarse de una manera nueva. Pero, lamentablemente, quienes organizaban no le permitieron hablar a Sylvia Rivera que, como dije, era la presidenta de STAR. Por supuesto, hubo gritos e insultos a la comisión organizadora por parte de las trans.

A pesar de todo, Sylvia subió al escenario y les arrebató el micrófono. Con mucha gente en contra le reclamó a los presentes:

«Ustedes son blancos de clase media y no hacen nada por mi comunidad». Con esas palabras dejó en claro que las trans seguían siendo detenidas como antes, mientras que los gays y lesbianas ya no. Sylvia fue muy abucheada. Humillada. Estaba borracha. Después de esa marcha Sylvia decidió retirarse. Estaba muy decepcionada por los acuerdos rotos que no habían podido sostener con el Movimiento de Liberación. Además, sentía que junto a Marsha, habían puesto al público asistente de la marcha en contra de ellas. La decepción fue tan extrema que al llegar a su casa intentó suicidarse. Le hicieron sesenta puntos en el brazo, fue su hermana Marsha quien la salvó de morir. A pesar de ello, Sylvia Rivera desapareció en ese momento: abandonó todo, se fue sin decir nada, nadie supo dónde estaba.

Marsha siguió dando batalla sola, continuó siendo visible dentro del movimiento, porque esto le permitía estar al tanto de las acciones que realizaba la Comisión Organizadora de la Marcha del Orgullo. Con el paso de los años, Marsha comenzó a denunciarlos en el interior de la propia comunidad LGBT a través de panfletos, en frente de ellos. Aseguraba que la mafia había cooptado al Movimiento de Liberación y al Comité Organizador de la Marcha del Orgullo y obviamente, tomaba parte de los gruesos fondos que recaudaban. Para ella, ese no era el espíritu de la revuelta: habían convertido una marcha de protesta en una fiesta comercial, donde se pagaba para marchar. Eso no era por lo que Marsha, Sylvia y otras pocas travestis habían luchado tanto. No era ni lo que ellas necesitaban ni lo que querían.

Hacia finales de los años 80, el desfile pasaba por la 5ta. Avenida (centro de Manhattan) y terminaba en el mítico bar Stonewall, con un gran festival y patio de comidas manejado solo por dos hombres que estaban representando este Comité Organizador. Uno de ellos había sido seguridad del bar Stonewall en el momento de la revuelta, el otro era el nexo de cualquier bar para homosexuales con la mafia. Eso no quería Marsha, eso era lo que venía denunciando permanentemente.

Quienes la conocieron, relatan una anécdota muy ilustrativa que permite conocer la personalidad de Marsha. En una oportunidad un

mafioso le preguntó: «¿Qué tenés contra nosotros?». Ella le contestó irónicamente: «No tengo nada contra ustedes, es que todos sospechamos que están haciendo estafas». La certeza de Marsha era que la mafia manejaba al Comité Organizador de la Marcha del Orgullo. En sus reclamos exigía fervorosamente un cambio de autoridades en el interior de ese Comité, con el objetivo de recuperar la fecha y el sentido de la lucha.

En 1992, el cuerpo de Marsha fue encontrado en el Muelle 51. Tres semanas antes, sus amigos le habían anunciado ese final, pero a pesar de ello Marsha contestaba: «No me morderé la lengua por nadie, esperemos las balas de la mafia». A ella no le importaba nada... porque sentía que no tenía nada que perder. Así era: sabía que su destino era concientizar a la comunidad LGBT, aun corriendo el riesgo de que la maten.

La muerte de Marsha fue un punto de inflexión en esta situación. Al poco tiempo, Sylvia —que se había dedicado solo al alcohol— y sus compañeras trans *homeless* (sin hogar) fueron desalojadas por la policía del Muelle 54, donde vivían precariamente porque la ciudad planeaba realizar un espacio turístico en toda esa zona. El dolor de Sylvia por la muerte de Marsha hizo que volviera a visibilizarse como activista. Hizo que se rescatase y retomara el proyecto STAR. A partir de ese momento, el mundo la reconoce como madre del activismo Trans-Travesti.

Sylvia murió en el 2002 y la famosa Marcha del Orgullo del capitalismo sigue teniendo las mismas prácticas que el primer día. Nunca se supo qué pasó con la muerte de Marsha P. Johnson, el caso fue archivado. Hace unos meses, tuve el privilegio de encontrarme con Victoria Cruz, la activista estadounidense de derechos LGBT y consejera jubilada de violencia doméstica. Sentadas en un banco de la plazoleta frente al bar Stonewall, el 24 de junio 2019, y a 50 años de la revuelta, me dice emocionada que ella había logrado reabrir el caso. Lamentablemente, con la asunción de Donald Trump como presidente, se volvió a cerrar.

CON ESTOS BESOS HARÁS LA REVOLUCIÓN

A 50 AÑOS DE LA REVUELTA
DE STONEWALL

EMMANUEL THEUMER

La noche del 28 de junio de 1969 parecía ser un día más como cualquier otro para los parias sexuales–migrantes que habituaban el bar Stonewall de New York. El bar Stonewall era uno de esos espacios semiclandestinos de sociabilidad para gays y *drag-queens* que estaba habilitado por acuerdos corruptos entre la mafia y la policía local. Sin embargo, estos arreglos no estaban exentos de abusos y peritajes imprevistos. Esa noche, como otras tantas, la policía intervino en el bar y realizó una de sus «*razzias*» antidisturbios. Pero alguien dijo No. Y luego vino otro no. Y otro no. Y otro ya no. Quienes estaban allí dijeron basta y devolvieron con violencia la violencia que estaban recibiendo. En pocos minutos iniciaron un linchamiento urbano y redujeron al puñado de policías al interior del bar. Visoespacialmente, la liberación sexual tomaba forma.

Si bien la apropiación de la violencia como un mecanismo de defensa legítima ante la violencia del Estado ha sido un elemento de encanto respecto a esta revuelta, también es igual de importante reconocer un dominio de la agencia no necesariamente reflexivo, más volcado a las pasiones y que muy probablemente fue el alimentado por la muerte de Judy Garland.

La noche de Stonewall fue también la noche de luto ante la partida de la actriz de *El Mago de Oz*, tempranamente decodificada por el ojo marica como un recurso expresivo de lo «no–decible» del sexo.

Aunque nuestras propias versiones normativas de la política suelen impedirnos reflexionar sobre este dominio no necesariamente «racionalista» de la agencia, no es posible ignorar el clima dramático de una noche signada por la pérdida trágica de esta figura emblemática característica de la subcultura gay anterior al impacto global de la música disco. Esa noche, en su función icónica de identificación disponible, la Garland venció la muerte.

UNA REVUELTA DEVENIDA MOVIMIENTO

En los últimos 50 años han existido controversias y desacuerdos, luces y sombras sobre el carácter acontecimental de esta revuelta. ¿Quién arrojó el primer jarro de cerveza?, ¿quién encendió la chispa?, ¿cuántos días duró esta contienda?, ¿sabríamos de ella sino fuera por la conmemoración que tuvo, apenas un año después, con la primera parada del orgullo? Tales posturas encontradas guardan una característica compartida: la proyección de un sujeto colectivo al pasado de la revuelta y, como un eco, su retorno saturado de participación gay,lésbica, trans o de trabajadoras del sexo que dan continuidad a variados guiones políticos. Stormé DeLarverie, Marsha Johnson, Craig Rodwell, Sylvia Rivera son algunos de los personajes históricos que quizás mejor sobrevivieron a tales rituales de memoria. Esto es así porque la revuelta de Stonewall, no encuentro mejor definición, es un «mitologema» fundante de la tradición de los movimientos de resistencia sexual. Pero esto no la cauteriza del conocimiento histórico que podamos tener sobre la misma. Entonces, ¿qué es lo que aconteció aquella noche en el bar de Stonewall? La de Stonewall fue una revuelta, una acción colectiva—contenciosa no planificada, es decir, de carácter efímero y micro—localizada. Si hay algo que caracteriza a las revueltas —y este es su potencial revolucionario— es su necesidad, esto es, su carácter contingente en tanto y en cuanto no hay nada que defina de antemano ni su emergencia, ni su dirección, ni su desenlace. La revuelta de Stonewall podría haber pasado al olvido o reintroducirse

en los anales de alguna memoria subterránea porque fue reprimida. Pero no fue desarticulada.

A diferencia de otras revueltas (la de la Cafetería Comptom de 1966 en San Francisco, por ejemplo), de las organizaciones homófilas que le antecedieron y con las que coexistió (la *Mattachine Society*, sus desmembramientos y las Hijas de Bilitis) la efervescencia social que causó la revuelta generó las condiciones para que se convirtiera en movimiento social. Esta es la excepcionalidad de la revuelta de Stonewall, la de haber mutado en un movimiento social.

La noche de Stonewall nos apropiamos de la violencia y nos defendimos. El aparato represivo del Estado, aunque fuera por unos minutos, «nos» tuvo miedo. Definitivamente, sí. Pero recordar la revuelta de Stonewall no es solo recordar que fue una revuelta contra la policía, es también comprender que al espontaneísmo le siguió la organización colectiva. Tan solo unos meses después se crearon nuevas organizaciones e iniciaron los preparativos para organizar la Primera Marcha del Orgullo Gay, el 28 de junio de 1970.

Aquí entran en juego los condimentos que vuelven a la revuelta extraordinaria. En primer lugar, los propios actores localizados —muchos de ellos en situaciones de calle y vinculados al mercado del sexo— habían incorporado desde antes las técnicas de la violencia como un necesario modo de resolver el conflicto, un «código urbano» que se aprende, diría cierta sociología. En segundo lugar, la influencia directa del extendido movimiento negro, feminista, anti-guerras. La influencia del marco cognitivo de estos movimientos fue crucial. No fue solo discursiva —a pocos días de la revuelta ya circulaba un manifiesto que se encargaba de tal transposición: «Gay es bueno, gay es poder, gay es orgullo»— sino también validó otros formatos de protesta, ahora no necesariamente violentos pero sí ligados a la ocupación de la ciudad. Este es el caso de las tradicionales «marchas» cuya territorialización y visibilidad pública se han mostrado, desde entonces, efectivas a la hora de afectar las convenciones rutinarias de la ciudad y sus normas, incluidas las sexuales.

UN SUJETO POLÍTICO EN SUCESIVA REELABORACIÓN

Rememorar los 50 años de la revuelta de Stonewall es reconocer su mutación en un movimiento social cuya herencia llega a nuestro presente inmediato. ¿Qué otros giros podría haber tenido esa revuelta en su carácter imprevisible y por esto mismo revolucionario? No podemos saber lo que no sucedió. Respecto a la conformación de un movimiento, tal mutación es palpable en:

- A)** La invocación de un sujeto político con increíble capacidad de subjetivación, quiero decir, un sujeto cambiante, rearticulable y disparado desde múltiples posiciones (inicialmente fue «gay», aunque también homosexual, más luego gay-lésbico llegando a los actuales acrónimos LGBT+ o LGBTIQ+, desplazamientos que nos informan de la conflictividad articuladora entre experiencias sexuales y de género con historias de opresión compartidas pero no idénticas). Tales invocaciones identitarias permitieron una afirmación de sí, un modo de habitar y situar el placer sexual y quizás cierto estilo de vida. Como desplazamiento crítico de las normas heterosexuales, estas afirmaciones positivas sobre sí-mismo han sido tremendamente cruciales en tanto opciones disponibles sociohistóricamente novedosas.
- B)** Un repertorio de protesta orientado a la descriminalización y despatologización de la homosexualidad y el libre ejercicio de la sexualidad.
- C)** Oposición: la identificación del factor opresivo, a veces interceptado en términos de patriarcado, sexismo, heterosexualidad o, en menor medida, como represión capitalista del deseo.

En menos de una década este movimiento ya había logrado expandir sus proclamas en diversas regiones urbanas (lo que no equivale a pensar una suerte de activación de la «conciencia homosexual» en función de los parámetros de Stonewall, los Frentes de Liberación Homosexual desplegados en diversas

regiones merecen ser analizados desde sus escenarios locales y en una relación variante con el movimiento homosexual del norte global), contar con integrantes recibidos incluso en la Casa Blanca y, desde luego, desmembrarse (de gays, a organizaciones gays, gays-lésbicas, lésbicas, travestis, *queens*...). El «poder gay», al igual que sus futuras primas «diversidad sexual» y «disidencia sexual», operaba bajo arreglos normativos inherentes a una sexualidad legible, codificable, objeto del derecho. La política de visibilidad afirmativa, vehiculizada decididamente a partir de Stonewall aunque no de modo inédito, exigía y exige exclusiones fundantes sobre la que construir su respetabilidad, su reconocimiento, su «nosotros».

El movimiento germinal a la revuelta de Stonewall tuvo una doble fractura. Una prototípica, entre reformistas y revolucionarixs, y una más bien singular: la exclusión de *drags queens* y travestis, un asunto decididamente palpable en la estrategia por la descriminalización de la homosexualidad que excluyó a las travestis de protección jurídica. A inicio de los 70, las organizaciones neoyorkinas corrompieron su proyecto reformista, que contemplaba terminar con las abatidas tanto a gays como a travestis, como parte de una acordada con los poderes locales que igualmente no tuvo aprobación hasta promediando los años ochenta. Este es el contexto en el que tiene lugar un ahora famoso discurso por parte de la activista travesti Sylvia Rivera durante el «Día de la Liberación en *Cristopher Street*» en 1973. Rivera irrumpió tras una declarada arenga transodiante por parte de la ex-monja devenida militante lesbiana Jean O'Leary. No puede pasarse por alto que ante la evidente fractura, Rivera cerró su intervención invocando al *gay power*, vale decir, insistiendo en el valor crítico de la afirmación gay así como apelando a la necesidad de pensarnos como comunidad. Se dirigió a quienes creía sus hermanas. Rivera parecía tener muy en claro que la lucha excedía la fijación en la violencia policial e involucraba variados mecanismos de control social reproducidos, inclusive, al interior de las organizaciones.

Durante los años posStonewall lo propio del ala radical-revolucionaria alcanzó expresión en torno al intento de alianza con las Panteras Negras, pero también —y esto exige salir del regionalismo neoyorkino— es preciso señalar que tanto el «poder gay» como el «libre ejercicio de la sexualidad» involucraron el desarrollo de una filosofía política capaz de conmover los términos de la transformación social así como al sujeto de la revolución (sea lo que esto fuera).

La línea de pensamiento crítica abierta por feministas y homosexuales en los 70 generó, sino por vez primera, un discurso de la sexualidad ya no centrado en una lógica reproductiva, ni hetero-centrada. Resulta cuanto menos llamativo que Michel Foucault, refugiado en el estudio de las sociedades griegas y la patrística cristiana, lo único que había tenido para decir sobre el feminismo y los movimientos homosexuales era que «el individuo que pretendían liberar es ya efecto del poder», esto es, que habían fermentado de un cuerpo producido por la modernidad sexodisciplinaria (la diferencia sexual y las identidades sexuales hetero y homo). Guy Hocquenghem, Mario Mieli y Néstor Perlongher, a grandes rasgos, habían llevado el freudomarxismo hasta el culo. Desarrollaron una política anal del deseo que asumieron como revolucionaria en tanto y en cuanto la homosexualidad, negada y reprimida por el capitalismo, permanecía en estado latente en la sociedad. Mieli, quizás el intelectual homosexual más radicalizado para fines de los 70, fue más allá y llegó a sugerir como horizonte revolucionario a la transexualidad, entendida no en un sentido sexológico sino como la liberación de todas las sexualidades perversas. Monique Wittig vio en la lesbiana un punto de vista epistemológico ante la sociedad heterosexual y también la formulación de una materialidad corporal diferente a la producida por esta. El propio Foucault apuntó al uso de los placeres, hacer del placer gay un modulador de la experiencia, un «generador de relaciones sociales» llegó a sugerir. Inspirado en la amistad gay como modo de vida, décadas antes de la demanda por el «matrimonio igualitario» propuso

el reconocimiento de un «derecho relacional» capaz de comprender parentescos extendidos que crucen fronteras de sangre, étnicas, nacionales, etarias...

Al incitar el despliegue de un actor colectivo público–disidente y elaborar un aparato crítico sobre la sexualidad, con seguridad, la revuelta de Stonewall es la gran olvidada de la «revolución mundial de 1968», por utilizar la expresión del historiador Immanuel Wallerstein para referirse al conjunto de manifestaciones y desórdenes violentos ocurridos en muchas partes del mundo durante la época. Como parte de esta familia de nuevos movimientos, habilitó un sujeto político en la arena política, favoreció un rol social diferente al que tenían las organizaciones pro–derechos de homosexuales que le precedieron.

EL ORGULLO EN DISPUTA

Que la propia Sylvia Rivera, poco antes de morir, haya inaugurado la *World Pride* 2000 simboliza también un punto de inflexión que signa un antes y un después respecto al movimiento emergente de Stonewall. En esta oportunidad ella se dirigió a sus «hijos» en un esfuerzo por trazar un legado en términos de parentesco ante un borroso medio millón de participantes.

La captura de la protesta sexual por la especulación financiera interesada en generar un «segmento de mercado LGBT» (de momento bastante exitoso para gays no enlazados matrimonialmente y con solvencia económica) parece convivir con la prevalencia de un discurso liberal de la sexualidad y el género que orienta una cadena de demandas a un Estado estructuralmente incapacitado para responder y garantizar las mismas.

Pero a toda incitación disciplinaria le sigue su desacato, a todo intento de representación le rodea su falla. El «orgullo mundial» de libre mercado ha venido acompañado, por mencionar algunos ejemplos, de los desplazamientos críticos generados por la *gay shame* (vergüenza gay) en Estados Unidos, el «orgullo crítico»

en España, el «orgullo trans» en Brasil o «el orgullo en lucha» y la re-memorización de la revuelta de Stonewall en términos de una demanda contra los transfemicidios y travesticidios en Argentina.

El manifiesto conflicto entre organizaciones contribuye a la dinámica del movimiento. También parece indicarnos cómo el propio «orgullo», en tanto cita sociopolítica disponible para la apropiación, otorga un impulso democratizador al torsionar los términos en que algo así como un «orgullo de sí» podría volverse habitable.



JAVIER GASPARRI

Es Doctor, Magister y Profesor en Letras y Miembro del Programa Universitario de Diversidad Sexual en la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Se desempeña como docente en las carreras de Letras y de Bellas Artes en la Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Realiza tareas de investigación en el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (UNR-CONICET).

[CRÉDITO: MARTÍN TOYÉ]



LUISA LUCÍA PAZ

Es activista trans–feminista. Es presidenta de la Red Nacional de la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgénero de Argentina. Desde 2020 coordina el área de Prevención y Abordaje de la Violencia Institucional de la Dirección Nacional de Políticas Integrales de Diversidad Sexual y de Géneros. Se desempeña como investigadora asociada en el grupo «Género, Política y Derechos» (Universidad Nacional de Santiago del Estero).



EMMANUEL THEUMER

Es activista marica–feminista. Se desempeña como docente e investigador en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral. Sus líneas de investigación están centradas en movimientos feministas y sexodisidentes, memorias e historia reciente de la sexualidad.

ÍNDICE

- 3 **STONEWALL NO FUE: ES**
SUSY SHOCK
- 4 **LO QUE QUEDA DE STONEWALL**
JAVIER GASPARRI
- 13 **TRANS-STONEWALL, LA LUCHA QUE NO FUE**
LUISA LUCÍA PAZ
- 22 **CON ESTOS BESOS HARÁS LA REVOLUCIÓN**
A 50 AÑOS DE LA REVUELTA DE STONEWALL
EMMANUEL THEUMER

COLECCIÓN **A VIVA VOZ**

dirigida por Pamela Bórtoli

Cuestiona las desigualdades,
denuncia la violencia de género y apuesta
por el derrumbe del patriarcado.

V

VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Gasparri, Javier

¿Qué es Stonewall? / Javier Gasparri ;
Emmanuel Theumer ; Luisa Lucía Paz ; prólogo
de Susy Shock. - 1a ed. - Santa Fe : Universidad
Nacional del Litoral, 2021.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera /
A viva voz)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-273-9

1. Estudios de Género. 2. Ensayo. I. Theumer,
Emmanuel. II. Paz, Luisa Lucía. III. Shock, Susy,
prolog. IV. Título.
CDD 306.7601

© Javier Gasparri, Emmanuel Theumer,
Luisa Lucía Paz , 2021.

© del prólogo: Susy Shock, 2021.

© de la editorial: Vera cartonera, 2021.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional